

llaban con inusitado esplendor, en el limpio firmamento despejado por el viento del Sur.

Se oía á lo léjos ese ruido monótono del agua que escurre de los tejados.

El corazon tiene sentimientos candorosos que acaricia. Todos los enamorados son unos niños. Quién no ha señalado en el momento de la separacion una estrella del cielo, y mostrándosela á la querida del corazon, le ha dicho: "contéplala á esta misma hora que yo tambien la miraré pensando en tí; piensa tambien en mí."

Estos son los tristes consuelos de la ausencia.

La distancia separa dos corazones que se comunican entre sí, por medio del astro nocturno.

Las miradas se cruzan, nada se ve; pero los párpados se humedecen.

El centelleo de la muda estrella habla de amor.

Una vez, en el momento de la despedida —la ausencia debia ser muy larga— Jorge Leslie y la que amaba, se habian prometido los dos contemplar la estrella polar á las diez, y enviarse el beso de la noche al tra-

vés de la inmensa distancia del continente americano.

Cuántas cosas habian pasado desde entonces! Cuántos peligros evitados! Cuántas batallas ganadas! Cuántas lágrimas! ah! y qué caída tan profunda!

Jorge Leslie contempló la estrella: una lágrima rodó por su mejilla, y su corazon se comprimió dolorosamente.

—Ellen, murmuró, Cármén!

La estrella le repetia estos dos nombres, el de la amante y el de la hermana.

Porque una vez, la hora fatal habia sonado, y los ojos de Jorge en vano se habian levantado hasta el cielo, existia un velo entre el cielo y él; entre su corazon y el corazon de Ellen; esta lejana voz que le hablaba todas las noches, de la que estaba ausente, callaria para siempre.

Decia á Cármén, cuando Cármén era su hermana, le decia una noche que la brisa fresca de las sabanas se elevaba hasta las puntas de las torres:

"El cielo está sereno; no veis la estrella del norte del lado del Rio Gila?"

Y cuando Cármén respondió, "sí la veo,"

sonaron las diez, Jorge oyó la voz de Ellen.

Desde ese día, Carmen miraba la estrella en lugar de su ciego amigo.

He aquí, por qué la estrella polar, ponía dos nombres queridos en los labios de Jorge, dos caros recuerdos en su corazón.

Ellen, Carmen!.....

Debajo del balcón, una hilera de carruajes estaba colocada á la orilla del embanquetado. La mayor parte de los cocheros dormía en sus asientos.

En el lado de enfrente, una tienda de vinos aun permanecía abierta.

Jorge fué arrebatado del cielo de sus pensamientos para descender á la tierra, por algunas palabras pronunciadas bajo del balcón.

Vió un landó de sencilla apariencia, cuyo cochero tenía una librea color castaño oscuro. El lacayo estaba junto á la portezuela. El era quien habia hablado.

—Es muy divertido, por cierto, decía, en un *patua*, que Jorge mas bien adivinaba que entendia, es muy divertido estar con los piés metidos en el lodo!..... Vosotros

estáis perfectamente sentados en magníficos cogines.....

—Préstame tu lumbre para encender, dijo una voz del interior del landó.

Una cabeza cubierta con un capuchon de seda salió de él; el lacayo le presentó su pipa encendida.

El menor inconveniente de esta especie de *caló*, es que todo el mundo lo comprende fácilmente. Si los malhechores no tuviesen otras señas, la *Gaceta de los Tribunales*, seguramente haria bancarota.

El *caló*, es un capricho, un lujo, una bravata. Todo el que habla *caló*, pone en su sombrero la cucarda de los ladrones. No es este un modo de ocultarse sino mas bien el medio de hacerse coger.

Un agente letrado, ha dicho en sus memorias, que el *caló* era á los caballeros del presidio, lo que el cascabel á la serpiente.

Jorge se acordó en ese momento de las cartas misteriosas que habia recibido.

Este amo que encendió su pipa en la de su criado, despreciaba seguramente las reglas mas elementales de la prudencia; pero todos los cocheros dormian al derredor, nin-

gun guarda de Paris pasaba á la sazón; cómo pensar en ese balcon?

Jorge sacó su reloj, que señalaba las dos y media.

O'Brien no llega!.... murmuró.

—O'Brien no vendrá, dijo en su oído una voz de muger.

Jorge Leslie se estremeció violentamente. Un sudor repentino inundó su frente. No se movió, sin embargo, y permaneció como un hombre que cree soñar.

—Alberto, continuó la voz, cuyo acento se impregnaba de melancolía, vuestro pensamiento estaba muy lejos de mí, no es verdad?

Jorge tampoco se movió; pero involuntariamente sus dos manos se pusieron sobre su corazón como para contener sus latidos.

—Cármén! murmuró, soy por ventura juguete de un sueño?

—Ah! exclamó la voz que temblaba ligeramente, al ménos me habeis reconocido!

—Cármén! Cármén! mi pensamiento no estaba lejos de vos, porque mi recuerdo evocaba á las que me han amado.... Cármén! aquí estoy sin querer moverme, por

temor de ver desaparecer mi ilusión.....

El espíritu se debilita en ciertas horas solemnes.... Yo he visto á Ellen y no era ella.... He tenido en este instante un cuerpo puro y vírgen entre mis brazos. Sentia nacer, no digo renacer, sentia nacer mi tierno amor, yo que no sé amar dos veces, como si mi amor de otro tiempo no hubiera sido sino mentira!.... El día que va á comenzar, acaso será el último de mi vida, Cármén, hermana mia, mi benefactora....

Es cierto que estáis aquí? ó encontraré tan lejos de los lugares donde habeis sido mi providencia, vuestra imagen viva, así como encontré tambien la viva imagen de Ellen?...

Se habia movido apenas, pero sus ojos permanecian casi cerrados. Por la ventana abierta del terrado llegaban los sonidos de la orquesta, como el eco velado de una mística armonía.

La voz callaba.

Levantó los ojos con lentitud.

Me habeis llamado Alberto, como en otro tiempo; qué puedo reconocer en vos, yo que estaba ciego, sino vuestra voz tan dulce, y los nobles impulsos de vuestro corazón?...

No quiero pedirlos que os mostreis á mí, Cármén, sino que me habéis! en nombre de Dios!

La desconocida le tendió su fina y blanca mano, cuyas uñas se parecían á la hoja oval de la rosa camelia.

Jorge llevó esta mano á sus labios, y la besó, diciendo:

—Sois vos! sois vos!

—Sí, yo soy, dijo Cármén á su vez.

Al mismo tiempo desató las cintas y dejó caer su máscara.

Así era como Alberto de Rosen se había figurado á Cármén: una frente de reina, las facciones divinas de una Madona, con la mirada ardiente de las hijas del Ecuador, porque el conde Alberto sabía que Cármén había nacido en Guatemala, bajo los ardorosos rayos del sol tropical.

Así era: hermosa como la ilusión del mas atrevido poeta!

Y sin embargo, el conde Alberto quedó deslumbrado. Dió un paso atrás, uniendo sus manos y como en un éxtasis.

—Cármén! Cármén! balbuceó; vos me habeis dicho una vez: "os amo..."

La duquesa de Rivas se sonrió con tristeza.

—Conde, dijo ella; mi marido es el mas noble de los hombres.

—Vuestro marido!.... repitió Rosen: en dónde están nuestras largas pláticas sobre la plataforma de la torre!....

—Buscad los bucles por donde pasábais vuestra mano, Alberto, respondió la duquesa, que tocó las guedejas abundantes, pero cortas, de su admirable cabellera.

—Ya no me amais!.... murmuró Rosen con un suspiro.

—Mi marido sabe que yo estoy aquí, con vos; replicó la duquesa.

Alberto guardó silencio.

—Conde, dijo Cármén, no es vuestro corazon el que ha dictado esas palabras.... Es necesario que la hija de Ellen tenga una madre, y que Elena sea dichosa....

Las miradas de entrambos se levantaron al mismo tiempo hácia el cielo. Una nube cubria la estrella del Norte.

—Pobre Ellen! exclamaron los dos á la vez.

—La he visto, prosiguió Cármén; hice

el viaje á Baltimore espresamente para verla..... Es una casa de duelo; la madre morirá en el momento en que la hija haya exhalado el último suspiro.

—Las mugeres se adivinan unas á otros, dijo Alberto de Rosen; respondedme: si M. de Villiers volviese al lado de Ellen?.....

—Ellen volveria á la vida, interrumpió Cármen; así lo creo!.....

Pocos momentos despues estaba desierto completamente el terrado.

El viento del Sur arrastraba hasta el cielo las nubes cargadas de agua.

El traficante de vinos que estaba frente á la embajada, habia dado asilo á los cocheros, demasiado delicados, mientras que otros mas fieles á la consigna, recibian es-

toicamente las ráfagas del viento sobre su asiento.

El landó en que hemos visto poco ántes un domínó que encendia su pipa, estaba abandonado, al menos aparentemente; pero acercándose á la portezuela, el oido y el olfato advertian que no era así: el olfato; por un fuerte tufo de tabaco y aguardiente; y el oido por un sordo concierto de ronquidos.

Un hombre envuelto de piés á cabeza en una manta gris, destorció de la calle de Anjou-Saint-Honoré, y se le vió remontarse por el arrabal.

La noche, la lluvia.... este vestido no tenia nada de extraordinario. En Paris hay tantos pobres que se visten como pueden!

El hombre atravesó la calle sin apresurarse, y tomó el embanquetado meridional al paraje donde la hilera de coches comenzaba.

Se puso á andar lentamente entre los carruajes y las casas.

Dirigia una mirada rápida á cada coche y pasaba adelante.

Cuando llegó delante del landó se detuvo.

Dirigió la vista á derecha é izquierda; nadie lo observaba.

Metió su cabeza cubierta dentro del coche, y vió cuatro hombres que dormían.

Entre abrió su manta. Sus dos manos entraron en el landó..... Se oyó roncar ménos en el interior.

Se presentó en la otra portezuela: sus dos manos se introdujeron de nuevo.....

En el landó, ya no se escuchaba ronquido alguno.

El hombre volvió á embozarse en su manta, y sin apresurar el paso, tomó la calle de Aguessau, en donde se perdió en la oscuridad.

Un instante despues, ese personaje, de figura heteróclita, que M. de Villiers habia introducido en la embajada al mismo tiempo que á M. Jorge Leslie, salió del baile y vino en derecha al landó.

No viendo á nadie en el pescante, no dudó que el cochero se hubiera refugiado en el interior, porque metió inmediatamente la cabeza por la portezuela.

—Estamos ahí! dijo.
Se hubiera conocido al momento la aflau-

tada voz de M. Benito, propietario en Montmartre, fundador de la villa de Bel-Air, y llamado en otro tiempo, el Mohicano, en sus viajes de América.

No le respondieron.

Los dos amos y los dos criados estaban fraternalmente acostados sobre los cogines del landó.

M. Benito repitió:

—Vamos, viejos, despertemos! ya los otros deben haber terminado su tarea por allá, y tenemos necesidad de ellos aquí.

Tampoco obtuvo ninguna respuesta.

—Con mil demonios! exclamó M. Benito, si duermen como unas marmotas!.... Si despierto á Bizoin para que nos conduzca, está borracho y nos volcará!..... Bah! la lluvia ha disminuido; yo he manejado caballos mas briosos que estos!

Bizoin, era el bandido disfrazado de cochero.

M. Benito se puso entónces el capote de hule que habia quedado sobre el pescante. Arrendó los caballos y partieron.

El hombre de la manta los vió venir y los siguió á la carrera.

En la barrera, Benito dijo al guarda:

—Si fuera á la entrada, pagaríamos el derecho M. Mignot..... estos amigos tienen mas de lo que pueden llevar.

—Es preciso, estamos en carnaval, M. Benito, respondió M. Mignot.

—La pasais bien? No os he visto pasar hoy con Mohicano.....

—Este pícaro, dijo para sí Benito, siempre el mismo, solo al veros venir..... en seguida levantó su capote de hule y mostrando el dominó.

—Es uno fantasma en todas edades; le dijo al mismo tiempo, quereis hacer una visita.....

—No vale la pena..... buenas noches, M. Benito.

—Buenas noches M. Mignot.

El carruaje atravesó la reja, cuando el hombre de la manta corria ya por la subida de Montmartre.

XXIII

LAS DOS BERLINAS.

Alberto de Rosen y la señora duquesa de Rivas, se hallaban solos en esa pieza apartada, donde madama Dalmas y la señorita Susana, habian introducido por tres veces á Juan Lemiere, groom del vizconde Enrique de Villiers.

Madama Dalmas y la señorita Susana, habian visto entrar á Alberto de Rosen.

—No es el vizconde, habia dicho la Dalmas con profunda admiracion.

—No vá tan mal! habia respondido Susana.